

“no sabia si aquello era costumbre. A poco oimos gritar à las armas, y un gran ruido en nuestra escalera. Como no podiamos salir, mi compañero pasaba la pena negra, y bacia él solo tanto ruido en el cuarto, como toda la guarnicion por fuera. Por último, despues de mucho cabilar y aplicar el oido, sentimos abrir nuestras puertas y las de los pisos superiores é inferiores.

“Arriba se llevó al marques de Tenance, gentil-hombre de Champaña, que habia dejado el servicio del rey de Suecia por el de nuestro soberano en el sitio de Corbia, y á quien se habia reducido á prision por haber hablado del gobierno con demasiada libertad. Abajo se introdujo á Mr. Lenoncourt de Serre, capitán de los guardias de corps del duque de Lorena, que habia caido prisionero á virtud de la capitulacion de San Miguel; y en mi compañía se puso á Mr. de Herce, pariente del señor canciller, jóven á quien su madre ponía preso para formarle. Se le metió á mi pieza, sin cama y sin luz, y se volvieron á cerrar las puertas.

“Herce me habló desde luego con tanta familiaridad, como si fuéramos conocidos viejos; y sin saber con quién estaba, ni verme siquiera, comenzó por contarme su historia, reducida á que puesto de acuerdo para escaparse con Tenance y Lenoncourt, lo habian intentado en una noche, no enteramente oscura, pues habia luna, pero sí con bastantes nubes para cubrirla; y con el auxilio de los que los esperaban con caballos, se habian dado maña para fijar una gruesa cuerda desde la puerta de San Antonio hasta lo alto de la torre contigua, en la que habia un gabinete. Por dicha cuerda debian pasar tres argollas, de las que colgaban otras tres cuerdas menores, con un atravesañ horizontal, y columpiándose cada uno de una banda, se proponian deslizarse así á lo largo de la cuerda grande. Todo estaba ya preparado, é iban á evadirse, cuando alumblando la luna demasiado, descubrió la cuerda el soldado que estaba de centinela en el corredor de fuera del foso, y disparó el tiro que difundió la alarma y frustró el plan.

“Herce, despues de contarme todo esto, se puso á echar pestes contra el gobernador, sin reparar en el soldado que nos acompañaba. Yo no sabia aún quién era; y como desconfiaba de todo, le contesté que en mi opinion nada de aquello servia para hacernos salir de la Bastilla, que era preciso armarse de paciencia y callar. Hízolo así, y se durmió en una silla de paja, poniendo la cabeza por los piés de mi cama.

“Así pasamos la noche, medio dormitando y medio afligiéndonos.

“En la mañana nos llevaron pan y vino. Herce me instó á almorzar, y á las doce nos metieron la comida, despues de la cual fué el sargento á decirme que bajara. Le pregunté para qué; pero no me lo quiso explicar. Al fin de la escalera encontré á seis soldados que me rodearon para que no hablara con nadie. Me hicieron atravesar el patio, donde habia muchos presos que se formaron para verme pasar, unos encogiéndose de hombros, como para indicar que no tardaria yo en ser decapitado, pues tal era el rumor que corria en la ciudad

“y en la Bastilla. Reconocí entre los presos al comendador de Jars, que se afanaba en hacerme seña con disimulo, de que viera lo que hablaba, poniéndose el dedo en la boca, y andando á pasos largos, para no ser apercebido. Lo hizo con tanta destreza, que lo comprendí. Me subieron á la habitacion de Mr. du Tremblay, el gobernador, donde encontré al relator Mr. de La Potterie.”

Aquí refiere Laporte su interrogatorio, que fué muy largo, y en el que nada se omitió, aunque infructuosamente, para arrancarle las revelaciones que se esperaban de su boca. Cuenta en seguida el miedo que pasó, cuando lo sacaron de nuevo en la noche del siguiente dia, de la torre en que estaba encerrado.

“Iba á acostarme,” dice, “cuando oí un gran ruido y que abrian las puertas, lo cual me asombró en extremo y me infundió terror, porque habia oido contar á varias personas, y hasta á mi soldado, que se solia dar muerte de noche á los presos, para evitar agitacion en el pueblo. Me figuré que esa iba á ser mi suerte, y por tal motivo pregunté á La Brière, sargento de la Bastilla, que fué por mí, á donde me querian llevar, á lo que me contestó con alteracion que se trataba de hacerme salir de la fortaleza. No comprendia yo cómo seria esa salida; pero cuando llegado al corral me encontré con unos archeros, dí por seguro que caminaba al suplicio. Pregunté al teniente, llamado Picot, que era conocido mio, á donde me llevaba, y me contestó con enfado que no lo sabia. De pronto supuse que no pasaríamos de la esquina de San Pablo, donde se ejecutaba por lo comun á los sacados de la Bastilla; y cuando dejamos atrás ese lugar, me dió miedo el cementerio de San Pablo, luego la plaza de Grève, y despues la cruz del *Trahoir*.”

El desgraciado preso no comenzó á tranquilizarse algo hasta que llegó á la presencia del cardenal, que queria interrogarlo personalmente, y que nada sacó en limpio, á pesar de haber puesto en juego toda clase de medios de seduccion é intimidacion.

“Como vió que reproducia siempre las mismas respuestas,” continúa este verdadero milagro de fidelidad, “y que no me intimidaba su presencia, me manifestó que si consentia yo en decir lo que él deseaba, pondria mi fortuna en estado de dar envidia á mis iguales: que bien sabia que la reina tenia correspondencia con Flándes y con España: que escribia á menudo á una y otra parte: que yo era quien la servia para todo ese manejo: que con solo confesarlo aseguraria mi suerte: que nada tenia que temer, puesto que la reina misma habia confesado que se servia de mí.”

Despues de las promesas, recurrió Richelieu á las amenazas.

“Montó algo en cólera,” agrega Laporte, “y me dijo que una vez que no queria confesar una verdad de que él estaba bien cerciorado, me recordaba que tenia el derecho de mandarme encausar, y que los procesos en que iba de por medio el interes del Estado y el servicio del rey, duraban poco: que era bien mal empleada mi generosidad en servicio de mi ama, que nada haria en mi favor.”



—“A propósito,—añadió,—no se han encontrado mas que quinientas libras en vuestro gabinete; ¿se reduce à eso cuanto poseis?”

—“Contestéle que eso era casi todo, à lo cual replicó, mirando al señor canceller:

—“Vaya un motivo poderoso para obstinarse en negar lo que la reina ha confesado!”

—“De ahí tomé yo ocasion de decirle que esa era una prueba inequívoca de que no la servia yo en las cosas que creía Su Eminencia, y que de lo contrario la reina me habria dado mas de lo que habia recibido de su mano; pero que aun cuando nada me diera, no dejaba de estar obligado à servirle fielmente en mi destino. Respondióme que así era la verdad; pero que debia fidelidad al rey ántes que à la reina, porque habiendo nacido frances, debia obedecer al rey, el cual me mandaba hablar con sinceridad; que à ello estaba obligado en conciencia; y que si no lo verificaba, habia de pesarme. Díjele que no creia mi conciencia obligada à acusar à la reina de que escribia à España, cuando no lo sabia ni me constaba.

—“Pues ella lo confiesa,—me replicó enojado,—y asegna que vos correis con esas correspondencias, no solo con el rey de España y el cardenal infante, sino con el duque de Lorena, la archiduquesa, y la señora duquesa de Chevreuse.

—“Si la reina ha dicho eso,—respondí,—preciso es que quiera salvar à los que la sirven en esos negocios, diciendo que soy yo.

—“Preguntóme si sabia yo de quien se servia, à lo que le contesté que no. Entónces quiso indagar para quién era la carta que se habia encontrado en mi poder: mi respuesta fué que tenia orden de llevarla al correo.

—“Sois un mentiroso,—me dijo el cardenal:—queriais darla à La Thibaudiere, à quien procurásteis entregarla en el patio del Louvre. El os suplicó que la guardárais hasta el siguiente dia, por temor de perderla. Cómo, despues de esto, pretendéis que os crea? Si en lo que nada importa ocultais la verdad, mal puedo daros crédito en lo de entidad.”

Richelieu se esforzó entónces en conseguir del preso que escribiera à la reina en los términos que se le dictaran, à lo que el valeroso Laporte se negó terminantemente.

—“Pues bien,—esclamó colérico el cardenal,—tiempo tendréis de pensarlo en la Bastilla, à la que vais à volver.”

Vuelto à su prision, no tardó Laporte en estar en activa correspondencia con la reina, gracias al caballero comendador de Jars, que gozaba de toda la libertad posible en aquella fortaleza, y que hasta visitas recibia en la reja del cuerpo de guardia. Dejemos hablar al preso.

—“El comendador ganó al criado de un preso [el abate de Trois], muchacho de talento, que se llamaba Bois de Arcis, quien reflexionando en lo que seria mejor hacer, no halló arbitrio mas oportuno que el de ganar à los presos que es-

—“taban en una torre arriba de mí, y à los que estaban en lo alto de la misma. La casualidad quiso que encontrara Bois de Arcis sobre la cureña de un cañon una de las grandes piedras que forman el piso de aquella azotea. La piedra estaba despostillada, y precisamente encima de la torre en que estaba yo encerrado. Aprovechando, pues, Bois de Arcis el momento en que el centinela, apostado allí constantemente, le volvi6 la espalda en su paseo, alz6 la piedra, y en el acto oy6 platicar à unos perdularios de Burdeos, aprehendidos por sediciosos. Hablóles sin quitar la vista del centinela, y ellos le ofrecieron servirlo. Practicaron un agujero en la parte de la bóveda tapada con la piedra, que Bois de Arcis volvi6 à poner en su lugar: hicieron otra abertura en el pavimento, y hablaron à los presos que quedaban debajo, de los que uno era el baron de Tenance, y otro un tal Reveillon, que habia sido criado del mariscal Marillac, quienes se prestaron de buena voluntad à hacer cuanto se quisiera, y abrieron à su vez otro agujero en el suelo, debajo del cual quedaba mi calabozo, tapándolo con el pié de su mesa; y cuando oian abrir mis puertas à mi soldado para ir à vaciar la borcelana, dejándome solo, me descolgaban con un hilo las cartas que los sediciosos recibian de Bois de Arcis, à quien se las daba el comendador de Jars.

—“Cuando llegó la noche y se durmi6 mi soldado, me levanté, y poniéndome entre la luz de la vela y su cara, machuqué carton, cojí una poca de ceniza de paja quemada, y desleí todo con los restos de la ensalada de la cena, para formar una especie de tinta. Luego, con un pajita à la que saqué punta, escribí en un sobre de carta que me habian dejado en la bolsa, y puse que me habian preguntado tantas cosas, que no podia pormenorizarlas en el estado en que me encontraba; pero que nada habia declarado que pudiera dañar à nadie.

—“El comendador me mand6 papel, plumas y tinta, por conducto de un preso, que abocándose oportunamente con los sediciosos, miéntras estaba abierta la puerta, y miéntras el soldado salia con la borcelana, me pas6 con destreza aquellos útiles, que escondí en mi cama. Mad. de Hautefort estuvo algunas veces con el comendador para adquirir noticias y dárselas, en términos de que tuve pleno conocimiento de lo que debia declarar.”

Laporte fué entregado luego à La Faymas, el infame intendente de Champaña, de que hemos hablado ántes, que emple6 sus arbitrios de costumbre para hacerlo hablar, aunque con tan poco provecho como los otros. El prisionero cuenta así los esfuerzos que hizo aquel miserable para perderlo:

—“Confesad, confesad, me decia, y haréis el acto mas famoso del mundo, como que seréis causa de la reconciliacion del rey y de la reina. Decid solamente una palabra, agregaba abrazándome, y yo compondré el negocio de modo que cuanto ha pasado redunde en honra y provecho vuestro.”

—“Cuando vi6 que de nada servian tan bonitas palabras, cambi6 de repente de tono, y me dijo que supuesto que me obstinaba en perderme, me comunicaria



“otras noticias que ignoraba. En el acto sacó un papel del saco, y enseñándolo—melo, añadió:

—“Este es un fallo que os condena al tormento ordinario y extraordinario: tal es el resultado de vuestra terquedad.

“Y me hizo bajar al cuarto del tormento con el sargento Labrière, y allí me enseñaron ambos todos los instrumentos, me los presentaron, y me echaron un largo sermón sobre las prensas, las cuñas, las cuerdas, escagerando cuanto mas podían los dolores que esto causaba, achatando las rodillas. Sus palabras me hubieran asustado verdaderamente, á no haber estado resuelto á pasar por todo, y á no haber tenido la paz en mis manos, manifestando con oportunidad lo que tenía orden de decir. Contesté que el rey era dueño de mi vida: que podía quitármela; y que con mayor razon podía mandarme aplastar las rodillas; pero que seguro de su justicia, no podía creer que consintiera en tratarme con tano rigor sin haberlo merecido.”

Por último, despues de pasar seis semanas en medio de las mas espantosas angustias, comenzó Laporte á ser tratado con ménos severidad: se le sacó del cuarto en que habia estado encerrado hasta entónces, y se le puso con otras dos víctimas de la arbitrariedad, una de las cuales era el conde de Achon, cuyo crimen se reducía á haber sido adicto á la reina madre. Se le habia metido en la Bastilla con un ayuda de cámara de la reina; y habiendo logrado este evadirse, se encerró al desgraciado conde en un calabozo sin mas luz que la de una lámpara. Allí permaneció siete años, dice Laporte; y habiendo entrado sin barba, salió con el pelo cano.

En esa época se formó en la Bastilla un complot, en que entraron los mariscales de Vitry y de Bassompierre, el conde de Cramail, du Condray-Montpensier, du Fargis y varios otros. El gefe era el abate de Gondy, que fué despues cardenal de Retz. Aunque no estaba preso, visitaba á menudo á Fargis su tío, y se habia hecho amigo de los otros cautivos de distincion que podia ver.

No era aquella la primera zorra que desollaba el turbulento abate, quien habia formado entónces el proyecto de apoderarse de la Bastilla, para sostener la insurreccion que trataba de hacer estallar en Paris.

Su plan estaba perfectamente concebido. Los conspiradores se hallaban divididos por cuarteles en la capital, y al darse la señal convenida, debían los de cada uno levantar barricadas y dirigirse hácia al Puente Nuevo, miéntras Gondy á la cabeza de los hombres intrépidos que tenia á la mano se apoderaba de palacio. En el mismo instante los mariscales presos, que habian ganado á parte de la guarnicion de la Bastilla, debían arrestar al gobernador, y dueños de la Ciudadela, contener á las tropas reales con la amenaza de destruir á Paris. El abate se habia puesto por otro lado en relaciones con el conde de Soissons, que estaba al servicio de España y habia alcanzado ya algunas ventajas sobre el ejército real.

Quedó, pues, convenido que la noticia de la primera victoria obtenida por el

conde seria la señal de la insurreccion, y que Soissons victorioso correría á Paris para sostener á los insurrectos y dar el último golpe al poder del cardenal.

El 6 de Julio de 1641, ganó el conde al ejército real la batalla de Martée, bajo las murallas de Sedan, y el 8 llegó la noticia á los conjurados de la Bastilla, que al punto se reunieron en consejo. El mariscal de Vitry queria obrar sin tardanza; pero los demas prefirieron esperar á que Gondy les trasmitiera personalmente la nueva, por la seguridad que habria entónces de contar con su cooperacion. No habia acabado aún la disputa cuando llegó el abate, que confirmó la noticia, agregando que al visitar Soissons el campo de batalla, despues del triunfo, lo habian matado de un pistoletazo, sin que se supiera si su muerte era resultado de un accidente ó de un asesinato.

Aquel incidente obligó á los conjurados á diferir la ejecucion de su plan, que trataban siempre de realizar en primera oportunidad, cuando la muerte de Richelieu, acaecida el 4 de Diciembre de 1642, devolvió la libertad á todos los presos por asuntos de política.

## IX.

Toma de la Bastilla por los Frondistas.—El conde de Rieux.—Gourville.—Fouquet.—Pélisson y su araña.—Rohan, des Préaux, y la marquesa de Villars.

“La Francia despues de Richelieu y de Luis XIII,” dice Mr. de Michelet, “se encontraba como despues de Enrique IV, bajo una débil mano de muger, que no sabia ni resistir ni contener. El Concini de aquella nueva María de Médicis era un italiano de mucho talento, el cardenal Mazarino. Su administracion tan deplorable en lo interior, cuanto gloriosa en lo exterior, fué perturbada por “la ridícula revolucion de la Fronda.”

Por mas que diga ese eminente escritor, si la Fronda tuvo algunos episodios ridículos, los tuvo tambien sublimes. Su causa era noble, como nacida de los esfuerzos que habia hecho el parlamento para que aprobara la regente las proposiciones llamadas *de la cámara de San Luis*, contenidas en veinticinco artículos, de los cuales uno estaba concebido en estos términos: “Ninguno de los súbditos del rey, de cualquiera clase y condicion que sea, podrá ser detenido mas